



Cómo fue proclamado el Plan de Ayala

Después de haber escapado del cerco que le formaron los “colorados” y los federales, el general Zapata desapareció a la vista de sus compañeros y fueron inútiles las pesquisas que éstos hicieron para encontrarlo. Sin embargo, tenían la seguridad de que Zapata, si bien oculto con ignorados fines, no cejaría en su empresa, pues le sobraban ansias y arrestos, decisión y empuje.

Los zapatistas entonces se dirigieron, en su mayoría, hacia los límites de Puebla y Morelos en donde se mantenían en armas Jesús Morales, Francisco Mendoza y otros jefes subordinados a Zapata, quienes recibían con gusto a los contingentes de Morelos.

Mientras tanto, el general Zapata que había salido de Villa de Ayala en compañía de Otilio E. Montaño, exdirector de la escuela primaria del lugar, encaminó sus pasos con el mismo rumbo y ambos fueron a refugiarse en el corazón de la abrupta serranía, en un punto situado no lejos del pueblo de Miquetzingo.

La conducta de Madero exigiéndole incondicionalmente su rendición y la de sus hombres cuando él mismo había reconocido la justicia de su causa y había reprobado públicamente los procedimientos del Gobierno interino que, sin hacer caso de las demandas del pueblo morelense intentó muchas veces su exterminio, creó en el alma de Zapata una honda decepción, que vino a profundizarse aún más con aquel inexplicable ataque de que acababa de ser víctima en Villa de Ayala, en cuya preparación hubo mucho de felonía y perfidia y mucha ventaja al realizarlo.

Parecía que Madero, contagiado al llegar a la Presidencia de la República, cambiaba de manera de pensar y pretendía obligar a Zapata a combatir o a rendirse olvidando sus deberes de jefe, de revolucionario y de hombre a cambio de una vida de comodidades y de holganza, que hubiera sepultado su prestigio de luchador desinteresado bajo las maldiciones y el odio de su pueblo, que volvería a ser el vejado y hambriento pueblo esclavo de hacendados, capitalistas y caciques.

Zapata había tenido fe y confianza en Madero, estaba seguro de que cuando rigiera los destinos del país acudiría solícito en auxilio del pueblo suriano que se mantenía en armas en actitud defensiva porque aún no desaparecían las causas que lo obligaron a rebelarse en contra de las Instituciones; pero cuando vió que el nuevo Gobierno, el que presidía el caudillo de la revolución, le decía: “¡A tí, que eres uno de los que más desinteresada y eficazmente ayudaron a la revolución, te daré todo el dinero que deseas; pero a esos que te siguen, que te quieren, te respetan y obedecen, a esos que tienen tanta razón, pero que me perjudican, a esos abandónalos sin armas, sin defensa alguna, abandónalos a su suerte y a los rencores de mis soldados, sus enemigos, y te tendrá por un patriota y leal subordinado, aunque el pueblo que te vió nacer te maldiga!”; no vaciló un momento y tomó la única posible resolución: volver a la lucha armada.

Mas para desmentir las especies tan socorridas por la prensa metropolitana, de que Zapata y los suyos, acostumbrados a la vida inquieta de la revuelta y dando rienda suelta a sus instintos, se dedicaban al pillaje, al saqueo, al asalto en despoblado, al bandolaje, en fin, de la época legendaria de “los plateados”, ideó Zapata la proclamación de un plan revolucionario que, al mismo tiempo que justificara su actitud ante la opinión nacional, también desorientada y decepcionada, encerrara la doctrina, la bandera del movimiento que iban a sostener nuevamente las huestes surianas.

Y durante tres días, allá en la soledad de la sierra, Zapata emitiendo ideas y Montaño dándoles forma y discutiéndolas luego entre ambos en apacibles y mesurados comentarios, permanecieron hasta terminar todos los postulados del nuevo plan revolucionario.

rio, y rompieron entonces el secreto de su escondite y de su desaparición, que sólo era conocido por Juan Sánchez, amigo de todas las confianzas de Zapata, avecidando en Miquetzingo y que diariamente les llevaba la frugal comida, ascendiendo por entre los intrincados verieuetos de la sierra hasta donde se hallaban.

Todos los jefes zapatistas que operaban por aquellas regiones recibieron órdenes de reunirse a la mayor brevedad posible en la serranía de Ayoxustla.

El 25 de noviembre aquel solitario punto de la sierra **había** sido transformado en un animado campamento revolucionario, en el que multitud de hombres cruzado el pecho por las cananas a medio llenar de cartuchos de diversos calibres y en la mano rugosa y morena la carabina aún oliente a pólvora, se apretaban en un abigarramiento singular comentando los recientes acontecimientos y el objeto de aquella cita de la que presentían resultados halagadores.

En el interior del jacal que les había servido de albergue el general Zapata y Montaño discurrían sobre cosas y casos que los de fuera no podían saber, a pesar de su curiosidad manifestada y mal contenida, hasta que al fin Zapata siempre grave en medio de su amabilidad, de pie en el claro que debió llenar la puerta del jacal indicó:

“;Esos que no tengan miedo que pasen a firmar!”

Y aeto continuo Montaño, de pie sobre una mesa de madera, pequeña y de rústica manufactura, que como histórica reliquia conservan los vecinos de Ayoxustla, con su voz áspera y gruesa y su acento de educador pueblerino, dió lectura al Plan de Ayala.

Todos los presentes acogieron el doceumento con entusiasmo desbordante y después los jefes y oficiales lo **firmaron emocionados**. Una música compuesta por “líricos” de Miquetzingo, llevada exprofeso, lanzó al aire las notas del Himno Patrio y luego de oírlas religiosamente y de que hubieron hablado J. Trinidad Ruiz y otra vez Montaño, se procedió a la jura de la bandera.

Era una hermosa enseña tricolor de raso de seda, que **había** acompañado a los insurgentes surianos de 1911 en la **campaña maderista**: aquellos hombres sentían verdadero cariño por ella, por-

que ella sabía de los que habían caído en la lucha y de los sufrimientos y alegrías de los victoriosos.

La levantó en sus manos uno de los jefes presentes y a sus lados se colocaron Emiliano y Eufemio Zapata y frente al grupo desfilaron las huestes zapatistas.

El acto, imponente y sencillo, conmovió hondamente la rueda de aquellos aguerridos luchadores. Una pequeña y vieja campana que había enmudecido por mucho tiempo (con la que llamaban a misa cuando había misas en Ayoxustla), añadió una "voz" más a la murga de Miquetzingo y en el espacio detonaron centenares de cohetes.

Firmado el Plan de Ayala (denominación que se le dió desde entonces en homenaje al pueblo en que se fraguó la sublevación de los surianos, en 1911) por los jefes y oficiales presentes, quienes hicieron juramientos espontáneos de ofrendar hasta la vida por alcanzar su triunfo, fueron conocidas las distintas comisiones que debería cumplir cada jefe de grupo y se abandonó el histórico Ayoxustla.

El general Zapata tomó camino de Morelos atravesando la serranía y acampando el 27 en Ajuchitlán, ranchería situada entre San Miguel Ixtlilco y el Real de Huautla; allí ordenó a Bonifacio García, a Próculo Capistrán y a Emigdio Marmolejo que fueran a invitar al cura de Huautla para que viniera al campamento con su máquina de escribir y papel carbón.

"Pero, explíquenme, hijitos: ¿es verdad que Zapata está herido? Díganme para llevar los óleos...."; musitaba azorado el curita.

"No traiga más que la máquina" —le respondió Marmolejo, que había obtenido papel de copiar en la mina "Guadalupe"—; cuando mucho, para que no se fatigue tanto, le ayudaremos a llevar unas botellitas del vino de consagrarse para calmar la sed del camino."

Grande fue la sorpresa del señor cura cuando en presencia de Zapata éste le dijo que necesitaba varias copias del Plan de Ayala y dándole a leer el documento el presbítero lo hizo con avidez, mezcla de asombro y de curiosidad y de muy buen grado, casi gustoso, si no fuera porque aquello significaba para él —indiocto

en mecanografía— algunas horas de trabajo, dióse a copiar los postulados agraristas como si se tratara de la última pastoral, y terminado que hubo, de pie frente a Zapata, dijo en voz que oyeron los que los rodeaban:

“General, esto está muy bien: era lo que ustedes necesitaban. Por algo le decía yo a Huerta, cuando éste me aseguraba enfáticamente que pronto acabaría con ustedes, que “a Zapata no le conseguirá usted más que una....”

Y aquí, cuenta la leyenda, que el buen curita soltó candente frase que en otras circunstancias le hubiera valido penitencia de pecado mortal.

De estas copias a máquina se enviaron a México varias, una de las cuales fue publicada por mediación del periodista don Enrique M. Bonilla en “El Diario del Hogar”. Ninguno de los periódicos metropolitanos quiso en aquellos días dar a luz el documento **rebelde**, de un radicalismo que en aquel entonces causaba (entre los burgueses y aun entre los políticos seudorrevolucionarios encastillados en el “antirreelecciónismo” ya sin razón de predominio ante la necesidad de la reforma social) efectos de peligroso explosivo, y Bonilla, en una entrevista con el presidente Madero, se lo mostró diciéndole:

“Mire usted, señor, el famoso Plan de Ayala que ha proclamado Zapata desconociendo a su Gobierno. ¿No cree usted que debemos publicarlo....?”

“Sí, publíquelo —contestó don Francisco—: para que todos conozcan a ese loco de Zapata.”

Todavía recuerda el señor Bonilla (posteriormente incorporado a las filas zapatistas) la enorme demanda que tuvo la edición de “El Diario del Hogar” en la que fue publicado el Plan de Ayala, pues aparte de un doble tiro hecho ese día, hubo de hacerse uno extraordinario para satisfacer las demandas que llegaron de toda la República.

Así fue cómo con autorización presidencial se dió a conocer por vez primera el histórico Plan de Ayala.